

Gustavo Martín Garzo

El último atardecer



Galaxia Gutenberg

GUSTAVO MARTÍN GARZO

El último atardecer

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: abril de 2023

© Gustavo Martín Garzo, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 3840-2023
ISBN: 978-84-19392-63-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Nada más tonto que el corazón –al que según
Pascal hay que creer.

PAUL VALÉRY,
Cuadernos

Me convertí en una criminal al enamorarme.
Antes de eso era camarera.

LOUISE GLÜCK,
Meadowlands

Bienvenida la noche con su peligro hermoso.

CLAUDIO RODRÍGUEZ,
Alianza y condena

Torrelobatón. Invierno de 2012

17 de febrero. El comienzo

Por fin he llegado a mi destino. Es un pueblo muy pequeño, de apenas trescientos habitantes, situado en el centro de la comarca de los Montes Torozos, en la provincia de Valladolid. Me alojo en La Posada del Castillo, una casa rural que reservé por internet. Estamos en temporada baja y salvo algún fin de semana es raro que tenga huéspedes, a causa del frío que hace aquí en invierno. La dueña me dejó la llave escondida junto al buzón. Vive en Madrid, y al decirle que iba a ser la próxima médica del pueblo, todo fueron facilidades para mí. La calefacción estaba encendida cuando llegué y la temperatura era más aceptable. Me ha sorprendido lo acogedora y bonita que es la casa, hasta hay una pequeña biblioteca y una colección de discos de vinilo, como los que teníamos nosotros. Llegué de madrugada y las calles estaban vacías. La noche era preciosa, con todo el cielo lleno de estrellas, como ojillos de gente loca. Me acerqué a ver el castillo, que está junto al ayuntamiento. Sorprende lo bien conservado que está.

Te vas a reír cuando te cuente por qué elegí este lugar. Encontré su nombre en la lista de las plazas que se ofertaban en el ministerio y, mirando en internet, descubrí algo que me cautivó. Suele decirse que vamos donde el viento

nos lleva, ¿y a que no te imaginas dónde me llevó esta vez? A un cine donde estaba contigo. Era solo una cría y fuimos a ver juntos una película titulada *El señor de la guerra*, interpretada por Charlton Heston. Y resulta que este actor había estado rodando en este mismo pueblo, Torrelobatón, unas escenas de *El Cid Campeador*. Esto pasó hace más de cincuenta años, pero, tal como se decía en aquel artículo, en la zona seguían hablando del rodaje como si hubiera sucedido ayer y aún te pudieras encontrar a sus protagonistas andando por las calles del pueblo vestidos como en el Medioevo. Charlton Heston no debió ser una persona muy recomendable, si pensamos que fue presidente de la Asociación Nacional del Rifle, defensores de los valores más rancios, cuyos miembros siempre están dispuestos a disparar sobre lo primero que se les pone a tiro, especialmente si tiene la piel negra, pero para mí siempre será el protagonista de *El señor de la guerra*. Esa película cambió mi vida. La vi a tu lado cuando tenía quince años y salí del cine mugiendo como una vaquita en celo. Me dio tan fuerte que, durante mucho tiempo, cuando los chicos me preguntaban mi nombre, yo les decía que me llamaba Bronwyn, como la protagonista de la película. Toda mi adolescencia estuve obsesionada con esa actriz, Rosemary Forsyth. Me peinaba como ella, imitaba sus gestos, sus vestidos, con la esperanza de que algún día un caballero como Charlton Heston me viera saliendo del agua con la ropa empapada. No he olvidado la escena. Bronwyn tratando de cubrirse avergonzada los pechos, y él contemplándola absorto desde la orilla. Era el señor de aquellas tierras situadas en el límite del mundo y tenía derecho a tomar de ellas lo que quisiera, pero se quedaba mirando a la muchacha en un estado de sublime arrobamiento, como si fuera una de esas criaturas que en

las leyendas viven en las profundidades de los ríos donde tienen una vida que nadie conoce. La distancia es el alma de lo bello, dice tu amada Simone Weil. ¿Recuerdas la lata que me dabas para que leyera sus libros? Una fruta que se mira sin alargar la mano, una desgracia que se acepta sin retroceder, se decía en ellos al hablar de la belleza. Y así la miraba él, en su diferencia irreductible, por lo que era en sí misma y no por lo que él pudiera apetecer o desear, como si esa separación dolorosa fuera la forma más misteriosa de amor que había conocido.

18 de febrero, sábado. La Posada del Castillo

Ayer me quedé dormida antes de terminar de escribir estas primeras impresiones de mi llegada al pueblo. Este cuaderno es para eso, y mi intención es ir anotando en él cuanto me vaya pasando. Será mi cuaderno de bitácora. La comparación es pertinente, estas tierras con sus inacabables planicies bien podrían recordar la inmensidad del mar.

Me levanté tarde, y recibí la llamada de la dueña de la posada para preguntarme si había llegado bien. Se llama Carmen, y es una mujer joven y simpática que se disculpó por no haber estado en el pueblo para recibirme. Me dijo que no llegaría hasta el lunes, pero que había comida en el frigorífico y podía disponer a mi antojo de lo que quisiera. Después de desayunar, estuve curioseando la casa. Está puesta con mucho gusto. Tiene diez habitaciones para los huéspedes y un espacioso salón. La cocina es muy luminosa y el patio está cubierto de parras, que le darán sombra y encanto cuando broten sus hojas. Según pude ver en un cartel, todos los muebles y los elementos decorativos de las habitaciones están a la venta, como si la casa entera

fuera un gran expositor de muebles y objetos domésticos. Puedes pasar aquí la noche y llevarte por la mañana el espejo o la lámpara de la mesilla de la habitación en que has dormido. O incluso la cama, si acaso han pasado esa noche en ella cosas que merezca la pena recordar.

Me imagino la escena. Una parejita que pasa la noche en la posada y que, al día siguiente, con la sonrisa en los labios, le dicen a la dueña que quieren comprarle la cama, y se la llevan en la baca del coche. Me pregunto con qué cama me quedaría yo. Creo que con ninguna. No quiere decir que no me lo haya pasado bien en unas cuantas, pero yo la única que me llevaría es aquella llena de pieles de oso en que Bronwyn dormía en los brazos del Señor de la Guerra.

Ay, esa cama, ¿quién la tendrá?

19 de febrero, domingo. El chico de la capucha

Como era fiesta y hasta mañana, que veré al inspector, no tenía ningún compromiso, me he dedicado a pasear por los alrededores. Las casas están situadas alrededor del castillo. Cerca hay un pequeño río, y más allá están los Montes Torozos, que son unas ondulaciones que presentan los páramos al sur de Tierra de Campos. El consultorio donde recibiré a mis pacientes está a la entrada del pueblo, junto a la carretera, en un pequeño poblado que un jerarca franquista mandó construir para la gente de aquí y que llaman las Casas Nuevas. Junto al consultorio está la vivienda del médico. No tiene mala pinta, aunque, de quedarme a vivir en ella, habrá que hacer reformas ya que parece abandonada. Mi trabajo no termina en Torrelobatón, tengo que ocuparme también

de los pueblos de los alrededores, cinco en total. No es una población grande, pero está muy dispersa, lo que me obligará a moverme de uno a otro. Pero las distancias son cortas y se pueden recorrer hasta en bicicleta.

Mientras pensaba en todo esto vi la figura de un hombre y me acerqué a preguntarle si se podía visitar el castillo. Era muy joven, aunque apenas veía su cara, pues llevaba puesta la capucha de su sudadera. Me dijo que la llave del castillo la tenían en el ayuntamiento, que la fuera a pedir allí. Me fijé en que tenía la mano herida y le pregunté si me la podía enseñar. Soy la nueva médica, le dije. Estaba muy sucia y la herida no tenía buen aspecto, por lo que le pedí que fuera a verme el lunes. Si no se cura, se te puede infectar. Sus ovejas andaban por la orilla del riachuelo y le bastó con llamarlas para que se fueran tras él. Ni siquiera se despidió de mí. Me quedé mirando el lugar. El pequeño riachuelo, por el que apenas corría agua, los altos chopos de las orillas, aún sin hojas, y cuyas ramas delgadas y largas crecían desde el mismo suelo, haciendo que sus troncos parecieran cubiertos de pelo, el color verde de los campos vecinos, donde el cereal empezaba a brotar. Sobras tú, me dije, en este lugar sobras tú.

20 de febrero, tarde. Historias de mi vida

He dormido mal y me he levantado antes del amanecer. Se oían los sonidos misteriosos de la noche, los cantos y gritos de los animales cuya vida es la oscuridad. De pronto, se hizo el silencio, un silencio profundo, como una fractura en el curso del tiempo, y enseguida los pájaros de la mañana lo llenaron todo con su piar enloquecedor. Los franceses llaman *l'heure bleu* a este breve intervalo de

tiempo en que no hay ni luz del día ni la más completa oscuridad, y se hace un misterioso silencio. En esos instantes, se dice, la persona que está a tu lado se vuelve transparente y puedes conocer lo que piensa de ti.

Escribo esto en la cocina, tomando un café bien cargado. Sigo pensando en el joven que vi junto al riachuelo. No creo que venga a verme. Había en él la belleza esquiva de los animales. No la belleza de la vida que se muestra, sino la que vive escondida, la que no se hace notar. Ni siquiera me miró al marcharse, como si en el mismo momento de volverse hubiera dejado de existir para él. Me dolió, porque ¿existo yo para alguien? Solo existía para ti, pero eso pasó hace tiempo y desde tu muerte solo soy una sombra, la sombra de alguien que no está. Me acuerdo de una cosa que me contaste. Yo tendría dos o tres años y estábamos en una reunión familiar. Mamá y tú nos estabais enseñando un álbum con las fotos de un viaje que habíais hecho de novios. En una de ellas, mamá estaba apoyada en la barandilla de un puente y el viento hinchaba levemente su falda, como si estuviera a punto de echarse a volar. En otra, estabais los dos juntos comiendo un helado. Y al verlas me eché a llorar desesperada porque ¿dónde estaba yo? ¿Cómo era posible que pudierais vivir y ser felices sin tenerme con vosotros? Hay un momento en que todos los niños descubren que sus padres tuvieron una vida antes de que ellos nacieran, una vida que no les pertenece, de la que no saben nada. Es un descubrimiento doloroso porque, si eso fue posible, quién les dice que no podrían volver tener una vida como aquella y olvidarse de ellos.

Luego ya de mayorcita miraba con frecuencia esas fotos, sobre todo las que os habíais hecho en Milán. Se os veía paseando por aquellas galerías cubiertas que luego visitaría de mayor, o haciendo cola para ver el fresco de

La última cena, de Leonardo, que acababan de restaurar, o en las salas de algún museo, siempre abrazados, siempre pendientes el uno del otro, como si fuerais los únicos vivos en un mundo de sombras. La foto que más me gustaba era una en la que estabais en la cúpula de Il Duomo, desde donde se ve toda la ciudad. Tú tenías abrazada a mamá por detrás, y ella volvía la cabeza para mirarte, con el pelo revuelto por el viento. Y era como si nunca hubierais descendido de esa cúpula, y aún continuarais allí abrazados, detenidos en un presente eterno. Yo era como Gatsby, el personaje de la novela de Scott Fitzgerald, cuando se queda mirando desde el otro extremo de la bahía la casa donde vive Daisy, y al ver las farolas iluminadas, las luces de la casa, el esplendor de esa noche inaccesible, descubre que es allí donde desearía estar. Eso descubrí mirando esas fotos, que esa vida en la otra orilla, la vida como debía ser, y no como había terminado viéndola, era la que yo deseaba tener. Mi vida en aquella cúpula donde mamá y tú aún seguíais abrazados.

Cuando fui a estudiar Medicina a Madrid, ese sentimiento de pérdida, de extrañeza respecto al mundo, se intensificó. Entonces ya os habíais separado y tú y yo vivíamos con la abuela, que muy pronto empezó a dar muestras de demencia. Fuiste tú quien, al terminar el bachillerato, me sugirió que me fuera a estudiar a Madrid, sin duda por separarme del ambiente tan triste que empezó a reinar en la casa. Ese año fue el peor de mi vida. Me alojaba en un colegio mayor y no me adaptaba a vivir en él, pues nunca había salido de casa. Pronto fui víctima de las novatadas de las antiguas alumnas, era muy orgullosa y me revolvía contra ellas, lo que las enfurecía más. Descubrí que hay personas que disfrutaban humillando a los demás. Me pasaba las noches llorando. Yo no quería de-

cirte nada porque era yo quien había querido eso, y me sentía culpable y mezquina por haberte abandonado. Una noche, cuando aún vivía contigo, me levanté en busca de un vaso de agua y vi que la luz de tu cuarto aún estaba encendida. Y al acercarme te oí llorar quedamente. La abuela estaba cada vez peor y tenía episodios de agresividad en los que nos insultaba y nos decía cosas terribles, y tú seguías sin superar la marcha de mamá, pero ¿qué podía hacer yo? Solo era una chica de quince años, y no podía con el peso de tu sufrimiento. Eran los padres quienes tenían que consolar a sus hijos, y no al revés. Y regresé a mi cuarto tratando de olvidar que te había visto llorar. Aquella era tu vida, no la mía.

En el colegio, esa era una conversación habitual entre las chicas. Todas querían irse fuera al terminar el bachillerato, volar lo más lejos posible de sus casas. Una vez, hablando en el recreo de todo esto, una de las chicas pidió que levantaran la mano las que odiaban a sus padres, y todas lo hicieron menos yo, que me quedé dudando un momento. Una de ellas, que la tenía tomada conmigo, aprovechó para reírse de mí. Vaya, dijo con sarcasmo, María vuelve a ser la excepción, como está enamorada de su papaíto. Todas se echaron a reír. Decía eso porque a menudo me acompañabas al colegio. Era muy pronto por la mañana, y teníamos que atravesar un pequeño parque, donde los pájaros celebraban enloquecidos la llegada del nuevo día. El sol, aún muy débil, hacía brillar las hojas de los árboles, aún húmedas por el relente de la noche, y la arena de los paseos se volvía blanca. Te amaba locamente, pero al salir del parque te pedía que me dejaras sola para que las otras chicas no me vieran llegar contigo, como si aún fuera una niña pequeña a la que había que llevar al colegio. Y aquellas brujas empezaron a decir que estaba

enamorada de ti. Entonces te negué, te negué tres veces, como Pedro hizo con Jesús. Y les dije a mis amigas que no era cierto, y que yo también estaba harta de que siempre estuvieras encima de mí, como si fuera tu pequeña esposa. ¿Cómo pude decir algo así, ser tan mezquina? Tu pequeña esposa..., ¿acaso no era lo que quería ser?

Cuando terminé el bachillerato y te dije que quería hacer Medicina, fuiste tú quien me aconsejó que me fuera a Madrid, donde encontraría los mejores profesores. Además, me dijiste riéndote, ya era hora de que volara sola. Pero las cosas no me fueron bien en Madrid. Me sentía una extraña en aquella ciudad inmensa, y el colegio mayor que había elegido se convirtió en un infierno para mí. Me pasaba las noches llorando y pensé, incluso, en dejar la carrera. No me gustaba aquel lugar. Allí nadie leía un libro ni iba a los cineclubs, como yo hacía contigo en Pamplona, y en el mejor de los casos solo se interesaban por las clases y por aprobar los exámenes. Los fines de semana bebían y hacían de todo. Mis compañeros son como los ñus, recuerdo que te escribí en una postal. Les gusta formar manadas y rebozarse en todas las charcas que encuentran. No era justa con ellos, eran como son todos los chicos y chicas a esa edad, pero no hacía buenas migas con ellos. Puede que fuera mi culpa, porque en ese tiempo no estaba bien.

Pronto dejé de ir a clase, y me pasaba el día en mi habitación o paseando al buen tuntún por las calles. Y para no encontrarme con mis compañeras, empecé a alejarme del centro de la ciudad. Había un túnel que comunicaba con un barrio situado más allá de las vías de ferrocarril y empecé a cruzarlo. Había allí una vida que nada tenía que ver con la que conocía, una vida donde no tenía que fingir. Me hice amiga de unos chicos. Jugaban al fútbol en un des-

campado que había junto a los talleres del ferrocarril, y me acogieron como si fuera una pobre huérfana a la que tuvieran que cuidar. Decían que les traía suerte. Cuando terminaban de jugar íbamos a unos bares que había junto al cementerio a beber cerveza. Desde la terraza se veían las cruces y los panteones, como una ciudad dormida. A mí no me gustaba ver aquello, pero ellos bebían a la salud de los muertos, como si fueran viejos conocidos del barrio. Eran muy alegres y siempre estaban gastándose bromas. Los sábados íbamos a la discoteca del barrio y se peleaban por bailar conmigo. Pasaba de unos brazos a otros como las peonzas, sin dejar de girar. Eran muy diferentes a los chicos que había conocido. Veía en ellos una inocencia que mis compañeros de clase, más preocupados por las apariencias y el afán de poder, habían perdido hace tiempo.

Empezó a gustarme uno de ellos. Se llamaba Pipe, y siempre se estaba riendo y haciendo payasadas. Tenía ese don maravilloso, el de hacerse amigo de cuanto se encontraba. No solo de las personas sino también de las cosas y de las otras criaturas del mundo. De los perros y los gatos callejeros y hasta de las farolas, que solo parecían estar encendidas para él. Una tarde, al cruzar el túnel para buscarlos, unos brutos empezaron a meterse conmigo. Se reían de mí, diciéndome cosas obscenas, y empezaron a manosearme. Aquello se estaba poniendo feo, cuando apareció Pipe con su moto y les dijo que me dejaran en paz. Y por qué tendríamos que hacerlo, le preguntó desafiante uno de ellos. Porque esta chica es mi novia, le contestó, mientras jugaba con la cadena con que candaba su moto. Cuando nos dejaron solos le pregunté con una sonrisa de sorna: ¿Y eso de que soy tu novia? ¿Lo eres o no lo eres?, me preguntó él. Te daban ganas de cerrar los ojos y quedarte dormido a su lado,

como se duerme a la sombra de un árbol. Podemos probar esta noche a ver si nos sale bien, le dije riéndome. Me ofreció su casco y subí en la moto tras él. Fuimos a un monte que había en las afueras. Se veían las luces de la ciudad, que recordaban el rescoldo inmenso de una hoguera. Estuvimos un rato contemplando en silencio aquellas luces y el cielo lleno de estrellas. Había tantas que no sabías dónde posar los ojos. Y antes de que me diera cuenta me besó. Era como esos niños que las mujeres se detienen a mirar en los parques y, sin saber por qué, desean que sean suyos. ¿Todo esto pasa de verdad o solo lo estamos soñando?, le pregunté un poco sofocada por lo que acabábamos de hacer. ¿Y qué si no ha sido verdad?, me contestó. La verdad solo lleva a sitios aburridos. Era el chico más guapo que había visto nunca. Los hombres guapos eran hombres, claro está, pero también otra cosa que no había forma de explicar: por eso estabas indefensa ante ellos y conseguían de ti lo que se les antojaba. No tardamos en regresar. Quería llevarme en moto hasta el colegio mayor, pero le dije que no. Me daba vergüenza que mis compañeras me vieran con un chico que se veía que era de barrio.

Empecé a cruzar el túnel casi diariamente para verlo. Había un parque cerca y nos tumbábamos en la hierba para besarnos. También íbamos a esos programas dobles que hay en los cines de barrio. Cada vez nos poníamos más atrás, hasta terminar en las últimas filas, las que ocupaban las parejas. Las butacas eran de madera y crujían cuando nos movíamos para abrazarnos mejor, lo que nos hacía reír. Cuando salíamos del cine, ningún de los dos sabía muy bien el argumento de la película. Y entonces él se lo inventaba, y aquello que me iba contando era mucho más hermoso que la película que habíamos visto a medias.

Todas las chicas del barrio corrían a saludarle cuando lo veían. No se te dan mal las mujeres, le decía yo un poco celosa. Es porque no hablo mal de ellas y me tomo la molestia de escucharlas, me contestó. No paraba quieto. Íbamos a un sitio y enseguida quería estar en otro; entrábamos en un bar y al momento nos teníamos que marchar. Era como esos niños inquietos que vuelven tarumbas a sus maestras, porque no pueden hacer vida de ellos. Estás loco, le dije yo una vez. Si fuera la directora del psiquiátrico mandaría que te pusieran una camisa de fuerza para que no te pudieras mover. Pero no te podría abrazar, ni besar, me contestó, mientras me tomaba en sus brazos y me besaba. Le dije riéndome que se la quitaría cuando estuviéramos solos en mi despacho.

Había en él un fondo melancólico que ocultaba una inexpresable ansia afectiva, y me enamoré un poco de esa tristeza. Cuando te besaba era como si se estuviera despidiendo un poco de ti. Tenía una familia complicada, como la mayoría de los chicos y las chicas del barrio. Su padre era un borracho y pegaba a su madre. Una noche, tras una de sus borracheras, quiso cruzar las vías y un tren se lo llevó por delante. Pipe decía que no era mala persona, que la culpa no la tenía él, sino el lugar en que vivían. Era como esos tíos que se empeñan en buscar oro donde nadie lo ha encontrado, que piensan que ellos lo pueden lograr. Tenía unas manos de prestidigitador y al menor descuido estaban debajo de tu ropa. Le gustaba acariciarme los pechos, y mientras lo hacía no dejaba de decir tonterías. Les ponía nombres, y cuando nos despedíamos se empeñaba en quedarse con uno de ellos. Decía que era una injusticia que yo me quedara con los dos. Le contestaba riéndome que ya sabía lo que pasaba con los gemelos, que no podían vivir uno sin el otro.